

Baldomero Espartero



José Miguel Fernández Urbina

¿A CASO podía sospechar el carretero manchego don Antonio Fernández y Espartero que el bebé alumbrado por su esposa doña Josefa, en aquella gélida noche del 2 de febrero de 1793, con el tiempo habría de convertirse en el Regente de una España petrificada por una rígida estratificación social, donde las existencias de sus habitantes estaban determinadas por su origen de cuna? ¿De haber consultado con un vate, hubiera dado crédito a sus palabras si le hubiera anunciado que su hijo, entre un sinfín de títulos más, acumularía los de Grande de España, Príncipe de Vergara, Conde de Luchana, Duque de Morella, Duque de la Victoria...? ¿O en el colmo de los desatinos del oráculo, que sería propuesto por las Cortes del Reino para ocupar el trono vacante, y que él, el hijo de un carretero manchego, lo rechazaría sin mayores problemas? No, ciertamente el bueno de don Antonio no estaba en condiciones de imaginar los destinos de su octavo hijo. ¿Cómo pudo ser posible?

«El reinado isabelino fue un albur de espadas: Espadas de sargentos y espadas de generales. Bazas fulleras de sotas y ases».
(De «La Corte de los Milagros»,

Valle Inclán)

EL caso de Baldomero Espartero es, desde luego, un fenómeno excepcional de movilidad social en la primera mitad del **ocho-cientos**, que sólo admite parangón con el precedente de Godoy y el de su contemporáneo Muñoz, casado morganáticamente con la reina madre María Cristina. Pero así como estos dos últimos, que comenzaron sus carreras de simples soldados de la Corte, se encumbraron gracias al acceso que tuvieron a las alcobas reales y a su más que presumible destreza amorosa, Espartero no precisó transitar por caminos tan tortuosos para encumbrarse. Sin embargo, la circunstancia de que en el caso de estos tres célebres **«self-made-men»** decimonónicos fuera el Ejército la catapulta de su ascensión al feudo de los privilegiados

nos pone en la pista del papel jugado por esta institución no ya en el ámbito de lo que le era específico, sino en el de las relaciones sociales en una España que a duras penas va desprendiéndose del armazón del Antiguo Régimen. Cuando éste haya sido desmantelado, los nuevos **«self-made-men»** procederán, en su mayoría, de la pujante burguesía, como Salamanca, o de las élites intelectuales, como Cánovas, Castelar o Pi y Margall. Y esta presunción se ve fortalecida a poco que espigemos las biografías de las élites desde la muerte del absolutista Fernando VII, en 1833, hasta la **Gloriosa** del 68. Fácil resulta comprobar que un buen número de sus componentes eran de extracción militar, como son los casos de Fernández de Córdoba (marqués de Mendigorría),



Batalla de Ayacucho, que decidió la emancipación del Perú (9 de diciembre de 1824).

O'Donnell (conde de Lucena, duque de Tetuán), Narváez (duque de Valencia), Serrano (duque de la Torre), Prim (conde de Reus, marqués de Castillejos), los hermanos Concha (marqués del Duero, uno; de la Habana, el otro)..., bastantes de ellos de origen plebeyo y curtidos en la sucia guerra de las colonias.

La muerte de Fernando VII, y con él la de su régimen absolutista, inauguraba una nueva y tumultuosa etapa de nuestra historia, caracterizada por el afloramiento de las contradicciones acumuladas a lo largo de la **década ominosa** y el desmantelamiento del Antiguo Régimen por las fuerzas liberales. La primera consecuencia fue el estallido de la rebelión carlista que acabó por convertirse en una larga y cruenta guerra civil de siete años, lo que, lógicamente, erigió al ejército en el árbitro de la situación. Además, la debilidad de las clases medias y de las burguesías periféricas, sostén del liberalismo, y el fraccionamiento e indecisión de éste, tempranamente dividido en **moderados** y **progresistas**, explica el que todos ellos buscaran amparo en el ejército y utilizaran a éste como fuerza de choque de sus planes, soslayando así a una sociedad que no



Maria Cristina de las Dos Sicilias, cuarta esposa de Fernando VII. Regente de España, en nombre de su hija Isabel II, de 1833 a 1840. Tras su marcha, la Regencia y tutela de sus hijas pasó al general Espartero.



La Reina Gobernadora, Maria Cristina de las Dos Sicilias, se ve obligada a restablecer la Constitución de 1812, tras la llamada «rebelión de la Granja» (1836).

tardará en mostrarse refractaria a su rosario de promesas incumplidas cuando ocupen el poder. Ni **progresistas** ni **moderados** supieron penetrar en el tejido social, y sus organizaciones no pasaron de ser núcleos de notables a la búsqueda del medro personal, salvo honrosas excepciones. Unos y otros se vieron forzados a ser apadrinados, a falta de apoyo popular y en medio de los vacíos de poder de la invertebración liberal, por destacados militares, los cuales encarnaron el fenómeno de los «espado-nes» decimonónicos. Los más relumbrones serían Narváez, por los moderados; Espartero, por los progresistas, y, a mitad de camino entre ambos, O'Donnell, con su «Unión Liberal». En torno a ellos, y más tarde a Prim, se articulaban las «camarillas» de civiles y militares que componían el **partido**, la mayoría de ellos **cesantes** en perpetua conspiración que les restableciera a sus cargos o a otros de más empaque.

El mecanismo del **pronunciamiento** acabó por convertirse en el único medio factible de modificar el **status-quo** de la política nacional, incluso para la oposición leal y legal, puesto que tanto con María Cristina como con su hija

Isabel se articuló un excluyente sistema de representación favorecedor del moderantismo y marginador del progresismo. A éstos no les quedaba otra opción **que organizar** la conspiración en los ambientes castrenses y civiles para en un momento dado, a partir de alguna manifestación de descontento local, conseguir el **pronunciamiento** de un sector militar apoyado por las juntas locales y provinciales que habían desplazado a los poderes oficiales. Cuando la Corona veía peligrar su situación, y para evitar la radicalización del pronunciamiento tornándose en revueltas o la eventualidad de una guerra civil, llamaba a los pronunciados a tomar las riendas del gobierno, y éstos, una vez integrados en el aparato estatal, olvidaban pronto, en la mayoría de los casos, el programa reivindicativo que les había servido de banderín de enganche de la opinión pública.

El pronunciamiento era, además, el camino más seguro para el ascenso en un ejército henchido de oficialidad; y para el soldado raso, mal mantenido durante un largo período que le alejaba de sus ocupaciones y de su familia, el medio más idóneo para lograr un expeditivo



Batalla de Luchana, que decidió la liberación de Bilbao del cerco carlista, y valió al general Espartero el título de conde de Luchana (1836).

licenciamiento. Sin olvidar que debido a su frecuencia llegó a crearse un acuerdo tácito, corporativo, entre las dos tendencias enfrentadas, de modo que, cualesquiera fuera su desenlace, las represiones o represalias, salvo las de los primeros momentos, no eran muy severas o duraderas, recayendo sobre el elemento civil con mayor virulencia el chirrido de los sables (1).

Así pues, el Ejército acabó por convertirse, junto a la Iglesia, en la institución más sólida en medio de la inestabilidad circundante de un régimen que se proclamaba liberal y en el que lo proverbial era la manipulación electoral y la incapacidad de los partidos para cons-

(1) Payne prefiere utilizar el término **pretorianismo** a **militarismo** para caracterizar este fenómeno: «se refiere específicamente a la intervención del ejército en la política y en el gobierno civiles (es decir, políticos) más relacionados con problemas nacionales y políticos que con ambiciones militaristas propiamente dichas. Los militares pretorianos forman una clase muy peculiar de pretendida "élite modernizante" que sustituye parcialmente a los grupos políticos, constituyéndose en su árbitro», Stanley G. Payne: «Ejército y Sociedad en la España liberal, 1808-1936». Madrid, 1976, pág. 12.



Don Juan Bravo Murillo (1803-1873). Ministro de Gracia y Justicia en 1847, posteriormente de Fomento y de Hacienda. Presidente del Consejo de Ministros de enero de 1851 a diciembre de 1852.

truir un edificio homogéneo; éste se resquebrajaba a cada soplo del imposable carlismo.

Narváez y Espartero se constituirán en los dos polos de atracción, en los dos arquetipos extremos, pero en realidad complementarios, de la España decimonónica: autoritario, rotundo y grandilocuente, el primero; paternal, dubitativo y apático, el segundo; el uno impopular pero eficiente; el otro, popular e ineficiente. El primero, de origen aristocrático, y el segundo, de origen humilde.

— La forja de un espadón —

«—¿De qué le sirve tanto estudiar?—; De poca cosa!

—¡Para volverse loco y no tener camisa!»

(De «Viva mi dueño», Valle Inclán.)

Hasta aquí hemos reseñado el contexto en el que se desenvolverá la trayectoria que remontará al hijo de un carretero hasta el título de Alteza Real. Pero este tránsito constituye en sí mismo un fenómeno atípico diferente al del resto de los triunfadores, y no sólo porque la promoción de Espartero no procede de las élites y sí del impulso de un pueblo que se reconoce en él, sino porque nunca llegará a asumir sin desgarros personales y éticos el abismo que separaba su humilde origen de las responsabilidades de un caudillo providencialista. A lo largo de su vida le flagelará una especie de mala conciencia, de sentimiento de no haber merecido tanto que le suscitará una actitud pesarosa, deprimente, cuando tenga las riendas del poder, de tal manera que ante los embates de sus enemigos para derribarle sólo opondrá una respuesta apática hasta ser abandonado por todos, su camarilla, las clases medias, el proletariado urbano Y, sin embargo, después de cada una de las caídas de este ídolo de pies de barro será el propio pueblo quien lo levante de nuevo, aún más alto, sin que el rehabilitado tenga que mover un dedo para ello.

No resulta fácil trazar la trayectoria de Espartero debido al exacerbamiento que suscitó en sus contemporáneos. Estos le trataron o de héroe homérico o de rufián de arrabal. Y no es de extrañar si se constata como unos y otros coincidieron en presentarle como un personaje elemental, con un prosaico carácter cuartelero. ¿Cómo era posible con tales atributos tantos éxitos como cosechó? La explicación tuvieron que rastrearla con recursos laudatorios o denigratorios, alejados de la objetividad imprescindible para abordarlo con ecuanimidad. Baste señalar que la polémica entablada se remonta nada menos que a los motivos que



El abrazo de Vergara, entre los generales Espartero y Maroto, que puso fin a la primera guerra carlista, el 31 de agosto de 1839.

le indujeron a cambiar en su infancia su nombre de pila, Joaquín Baldomero Fernández Alvarez Espartero, por el más sencillo de Baldomero Espartero.

Al joven Baldomero, el más pequeño de los ocho hijos del matrimonio Fernández Alvarez, sus padres le orientaron al igual que a sus tres hermanos mayores hacia la carrera religiosa, único camino que existía para un joven humilde de acceder a la enseñanza y a una profesión liberal. Le enviaron al convento de los dominicos de Almagro (que no universidad como pretendieron sus hagiógrafos), en el que llevaba dos años iniciándose en los misterios de la divinidad cuando estalló la guerra de Independencia. Espartero, impulsado por el clima patriótico de aquellos memorable meses de 1808, abandonó la carrera de las almas por la de las armas, incorporándose a uno de los batallones de jóvenes voluntarios que organizaron las Universidades.

Cuando el maltrecho ejército español se encontraba prácticamente reducido en la fortaleza de la Isla de León, en Cádiz, sus jefes decidieron fundar una Academia Militar para la formación de la nueva oficialidad. En ella entró Espartero, en 1810, aduciendo sus estudios «universitarios», pues el ingreso era se-

lectivo. Tres años después se vio forzado a abandonarla, con el grado de subteniente, al no superar las pruebas académicas. Este revés, que siempre lo consideró injusto (unos biógrafos lo han interpretado como prueba de un escaso talento, otros como producto de la mundanidad del biografiado, más inclinado, según tales testimonios, al juego y el alterne) le marcó profundamente, más aún teniendo en cuenta las humillaciones recibidas de sus compañeros, que le trataban con desdén, por proceder de la clase de tropa. De esa fecha arranca el desprecio expresado después por Espartero hacia los cuerpos de élite, acentuando ante sus miembros una orgullosa exhibición de su pasado humilde (2).

Terminada la guerra, marchitas las flores **doceañistas** por el terror absolutista, Espartero decidió seguir la carrera militar en el único sitio donde podía promocionarse un suboficial de la clase de tropa: en el combate contra la irrefrenable rebelión independentista de las colonias.

En 1815, a los 22 años de edad, embarcaba a las órdenes de Morillo con destino a América del Sur. Durante la travesía y a lo largo de su

(2) Conde de Romanones: «Espartero, el General del Pueblo», Madrid, 1932, pág. 18.



Isabel II (1830-1904). Reina de España de 1833 a 1868. (Cuadro que se conserva en el Palacio de Aranjuez).

estancia en aquellas tierras las considerables sumas de dinero que amasó con una de sus mayores pasiones, el juego de naipes, son el síntoma de que los hados de la fortuna no habrían de resultarle adversos. Tampoco le fue mal en el amor: fruto de sus relaciones con una rica criolla fue un hijo al que Espartero siempre reconoció y mantuvo a su lado.

Otra de las escasas coincidencias de sus biógrafos de uno u otro signo es el reconocimiento del arrojo y valentía demostrada por Espartero en los combates, y la habilidad y el tacto en el trato con sus soldados a los que respetaba y mimaba, lo que se traducía en una mayor eficacia que la demostrada por otros oficiales de superior status más desdeñosos en el trato humano a la tropa.

Combatiendo en Venezuela, Colombia, Perú..., Espartero contempla con la rabia lógica de un hombre de armas el victorioso despliegue de la llamada independentista. Argentina, Chile, Nueva España..., una tras otra iban desmoronándose las piezas de un vetusto imperio, mientras el absolutismo fernandino cierra los ojos contumaz a lo que sucede más allá de la metrópoli. Esta irresponsable actitud suscitará en Espartero y otros militares jóvenes simpatías liberales que entroncaban con las tendencias del aún subsistente liberalismo del ejército español durante la guerra de Independencia.

En Perú manifestó Espartero otra faceta que le resultará de gran valía en el futuro, típica del auténtico «*self-made-man*»: una filistea combinación de mansedumbre y soberbia con sus superiores, a los que carea muy bien no tardando en llegar los ascensos ni las críticas de sus compañeros, que atribuían éstas al favoritismo para con el ascendido. El virrey de Perú, La Serna, no tardó en encargarle misiones o funciones de mayor envergadura. Ante el hecho consumado de las nuevas naciones independizadas, La Serna decidió negociar con ellas tratados comerciales que posibilitaran al menos la rentabilización de lo que aún era la favorable posición de la expotencia en el continente. Según confesó Espartero, que fue el encargado de llevar la representación española, estas misiones diplomáticas le despertaron la vocación política (3).

Más adelante, a causa de la crítica situación de las tropas españolas, La Serna, de filiación liberal, envió a Espartero a Madrid para exponer tal estado de cosas y reclamar ayuda material y moral. En la Corte fue recibido con frialdad y una vez conseguido el apoyo moral (o lo que era igual, la ratificación de las listas de ascensos) y quedando en el alero el material, Espartero reembarcó en Burdeos con destino al Perú. Y lo hizo, casualmente, el 9 de diciembre de 1824, o sea, el mismo día en que las tropas españolas eran diezmadas por las de Sucre en la batalla de Ayacucho, que ponía punto final a la dominación española en América del Sur.

Espartero, por lo tanto, no había participado directamente en el desastre, pero sobre él recaerá en el futuro el estigma de «Ayacucho»; remoquete este con el que luego sería vituperada por sus enemigos la camarilla esparterista.

Pero de momento, debido a la lentitud de las comunicaciones, Espartero nada sabía a bordo del buque y al llegar a la costa americana pudo experimentar en sus propias carnes cómo quienes salían a recibirle no eran los hombres de La Serna, sino los de Bolívar, que inmediatamente le encarcelaron al encontrar en su saca el decreto real por el que se aprobaban los ascensos. Fue condenado a muerte y pasó varios meses en prisión a la espera de la ejecución, pero los buenos oficios de una conocida de Bolívar, con la que el reo había mantenido relaciones, coronaron con éxito las negociaciones de sus allegados para lograr la liberación de Espartero.

(3) Vid.: «Dichos y opiniones de Espartero en conversación con sus amigos», s. a. ni lugar de edición, pág. 3.

- De guerrero a ídolo -

«La Católica Majestad, siempre magnánima, correspondía al ingrato desamor de su pueblo, aumentándole de Real Orden el número de Héroes Nacionales».

(De «Viva mi dueño», Valle Inclán)

Regresaba a España con 32 años de edad y una buena hoja de servicios. Durante la travesía, la fortuna le volvió a sonreír en el juego de cartas, a modo de presagio de los tiempos venideros (4).

Contra lo que pudiera pensarse, los militares ayacuchos, que regresaban cargando a sus espaldas el peso de la derrota imperial, no fueron relegados a su regreso debido a la desconfianza que manifestaba Fernando VII hacia la oficialidad de la metrópoli, sospechosa de simpatías liberales, y los retornados encontraron huecos que ocupar en el ejército fernandino (5). Espartero fue destinado a la guarnición de Pamplona, y durante su estan-

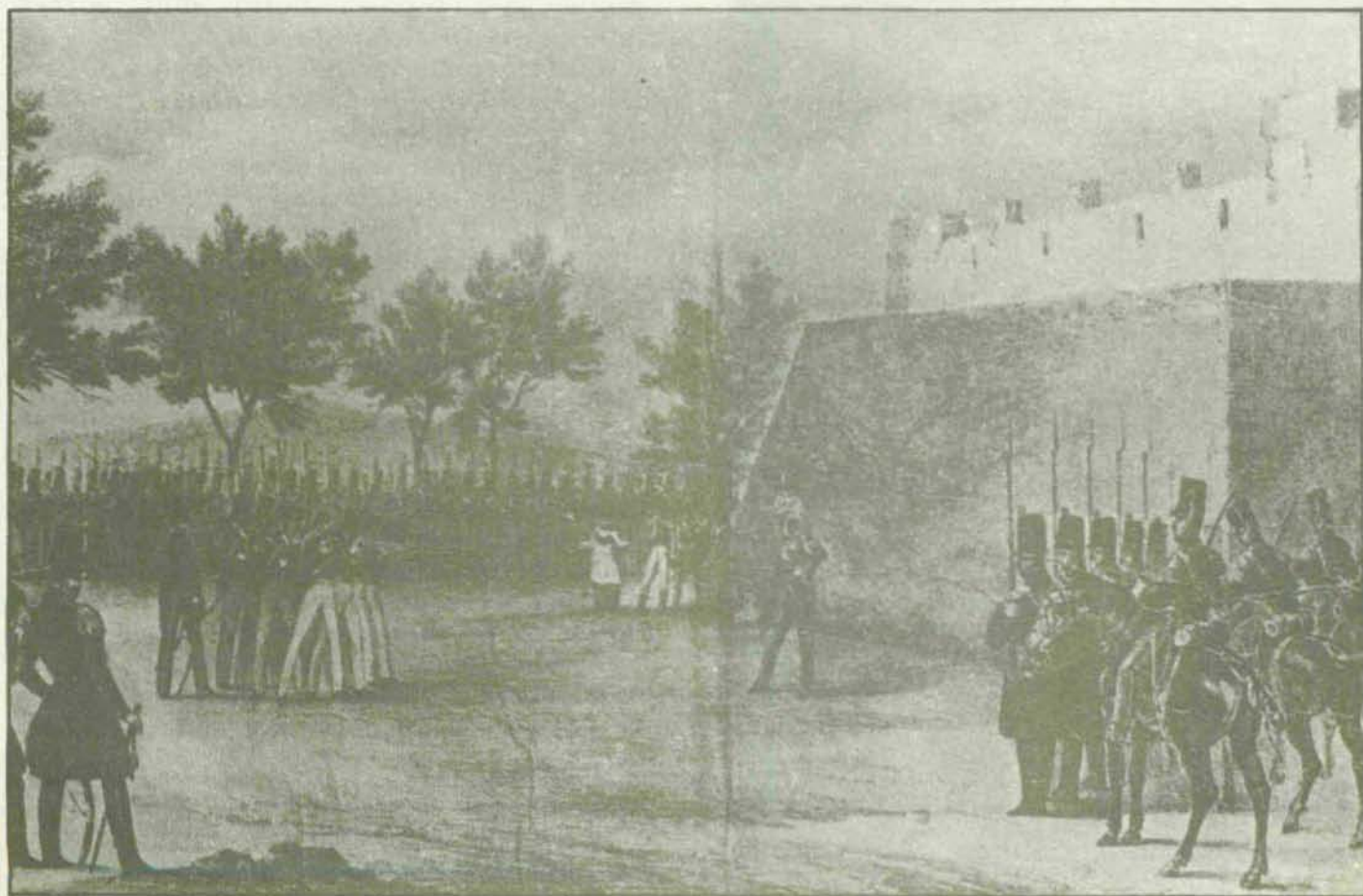
(4) El juego de cartas estaba muy extendido entre los militares. Una curiosa justificación de esto se encuentra en «Espartero. Su pasado, su presente y su porvenir». Por la Redacción de «El Espectador». Madrid, 1848: «El militar que juega con su vida, bien puede jugar su dinero», pág. 13.

(5) Ver «Espartero. Etudes biographiques». París, 1841, pág. 93.

cia en la capital navarra tuvo la dicha de conocer a la que desde el siguiente año, 1827, habría de ser su esposa: doña Jacinta Guadalupe Martínez de Sicilia, hija de un rico hacendado logroñés. La aportación económica de Jacinta, sus influencias y su continuo acicate serán eslabones decisivos en la carrera de Espartero.

Era obvio que había entrado con buen pie en la península, pues poco después fue nombrado comandante de la plaza de Logroño, ciudad que le prendó y de la que ya nunca podría desvincularse, siendo proverbial en lo sucesivo su amenaza de «retirarse a Logroño a cultivar la huerta» en los momentos críticos, lo que, además de resultar una excelente estrategia para imponer sus puntos de vista en una situación en la que se sabía insustituible, revela una sincera añoranza de una vida apacible, lejos de las obligaciones y ritos que la imagen de hombre público le exigía en Madrid, papel que, como hemos dicho, siempre le atribuló, aunque nunca fuera capaz de disimular su ambición de gloria, no siempre reñida con un espíritu sencillo y espontáneo como era el suyo.

La muerte de Fernando VII, el nombramiento como regente de su mujer María Cristina y el estallido de la primera guerra carlista le sor-



Fusilamiento del general don Diego de León, conde de Belascoain, el 15 de octubre de 1841. (Museo Romántico, de Madrid).

prendieron destinado en Palma de Mallorca (6), al mando del regimiento de Soria. Desde el primer momento Espartero pidió ser trasladado al escenario del conflicto bélico para poner sus armas al servicio de la causa liberal. Es destinado, primero, a Valencia, donde combate con éxito a las partidas insurgentes de Magraner y, después, es ascendido y destinado a la defensa de Bilbao.

Resulta imposible reseñar en breves líneas la prolijidad de acontecimientos que surcaron la trayectoria de Espartero durante la guerra, pasando de ser un oficial medio a jefe del Ejército del Norte y auténtico amo de la situación política y militar española; elevándose desde el anonimato a la leyenda popular que le atri-

(6) Antes, en 1831, había estado en la plaza de Barcelona a las órdenes del absolutista conde de España, famoso por la saña que ponía en la persecución de los liberales. Los enemigos de Espartero le acusarán, años después, de colaborar en esta tarea; en concreto, firmando la sentencia de muerte de dos militares que se habían revelado con Mina. Espartero reconoció esto último, aduciendo que él era un mero subordinado que cumplía órdenes de arriba. Vid.: C.C. M.M., «Espartero. Su origen y elevación, o sea, reseña histórica de los medios que empleó para elevarse y las causas de su caída». Valencia, 1843, pág. 15; y José Segundo Flórez: «Espartero. Historia de su vida política y militar y de los grandes sucesos contemporáneos». Madrid, 1843, pág. 114.



Ramón María Narváez, duque de Valencia (1800-1868). (Cuadro de Vicente López, Museo de Bellas Artes de Valencia).

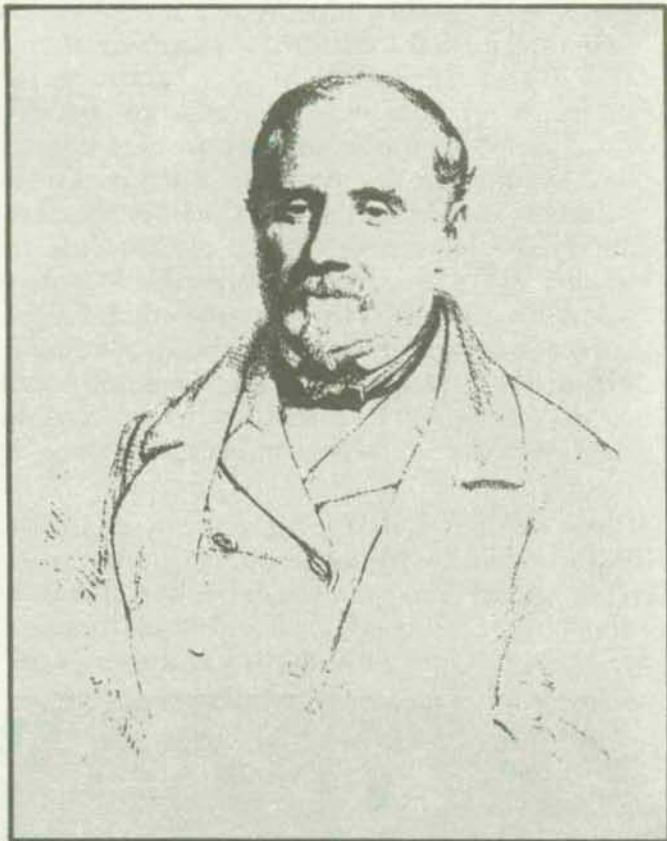
buirá un halo mítico. Sirvanos constatar el hecho y comentar alguno de los aspectos que mayores controversias levantaron entre sus contemporáneos.

Sus detractores le acusaron de crueldad, tanto con sus tropas como con las del enemigo. Y ciertamente no faltaron motivos, como, por ejemplo, los fusilamientos de chapelgorris en Miranda de Ebro o Pamplona. Pero sin pretender justificar estos o cualesquiera otros fusilamientos, no es posible olvidar la crueldad que suele rodear a toda guerra civil y que en ésta no estuvo ni mucho menos ausente, incurriendo las partidas carlistas y el ejército cristino en desmanes revanchistas. Tampoco se puede perder de vista que desde una óptica castrense, y una sociedad violentada por una guerra acaba por asumir tal óptica, el restablecimiento de la disciplina pasa por severas medidas de castigo, y las tropas cristinas adolecían de brotes de descontento que Espartero, seguramente como cualquier otro jefe militar, acalló con singular energía y violencia. Y sus contemporáneos, al calor de la exasperación de las conciencias belicistas, alabaron y jalearon tales procedimientos que se consideraban necesarios para el triunfo de la causa liberal.

Mucho se discutió también sobre su capacidad estratégica y sobre las posibles argucias que empleó para desplazar a otros militares más valiosos o despedazar a los que podían hacerle la sombra, como Narváez o Fernández de Córdoba. Los biógrafos más ecuánimes le reconocen una mediocre capacidad logística, pero destacan, a diferencia de otros colegas, su capacidad para infundir confianza y entusiasmo en la tropa, su valentía para permanecer en las primeras líneas de fuego y un cauto planteamiento de los combates aceptándolos sólo cuando su superioridad en hombres y armamento era manifiesta frente a un enemigo que compensaba esta inferioridad con un arrojo inaudito y la utilización de tácticas guerrilleras.

También supo dosificar con habilidad el método de granjearse una oficialidad afín por medio del típico procedimiento que viciaba de una copiosa fiebre de cargos al ejército decimonónico: las generosas propuestas de ascensos, que indirectamente beneficiaban a quien las proponía (8); además, supo nadar a favor de corriente y, sin explicitar sus tendencias

(7) Y hablando de facetas, no está de más reseñar la de poeta frustrado: Al tener conocimiento del triunfo liberal en 1820, pergeñará una inflamada loa a la constitución de Cádiz. Igual hará al enterarse en 1833 de la muerte de Fernando VII. Quien desee consultar estas dos engoladas muestras de «poesía» de espadón, puede encontrarlas en conde de Romanones, op. cit., págs. 28 y 44.



Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena y duque de Tetuán (1809-1867). (Foto Alfonso).

políticas, ganarse las simpatías del liberalismo exaltado y la confianza del moderado (7).

Lo cierto es que dos años después de iniciada la guerra, Baldomero Espartero gozaba de una indiscutible popularidad entre las tropas, y que su carrera le había llevado al grado de teniente general. Su jefe era Fernández de Córdoba, de filiación moderada, el cual, después de la sublevación de los sargentos de la Granja en septiembre del 36 que obligaba a María Cristina a proclamar la Constitución de Cádiz y llamar a los progresistas para formar gobierno, presentó su dimisión como jefe del Ejército del Norte. Espartero, que astutamente había expresado sus predilecciones progresistas adelantándose a proclamar la Constitución en Logroño, estaba llamado a sustituirle, aunque no le correspondiera reglamentariamente el cargo, pues era uno de los pocos oficiales de alta graduación en quien podían confiar los nuevos detentadores del poder.

A partir de este momento se abría el tenaz duelo mantenido durante un largo período por

(8) Según C.C. M.M., op. cit., «el recomendar a su segundo era pedirla para sí; conducta que ha observado constantemente, aparentando la moderación (Espartero) de no solicitar absolutamente nada, por cuyo medio ha logrado cuanto apetecía», pág. 9.

Narváez y Espartero; duelo de **espadones**, que de no ser por las perniciosas consecuencias que acarrió al suscitar émulos de uno y otro por doquier, hubiese podido ser calificado de titanes. Los moderados, **temerosos de la popularidad** y mando alcanzado por Espartero, que podía ser explotada por los progresistas, decidieron promocionar a Narváez y, en uno de los incontables cambios de gabinete de este período, le nombraron capitán general, poniéndole al mando de un ejército de reserva tan bien dotado como el del Norte. La respuesta de su antagonista no tardó en producirse, y lo hizo por medio de un procedimiento hasta entonces inusual que desde entonces Espartero utilizará habitualmente, y que será adoptado por el resto de los **espadones**: las **exposiciones** a la reina, en las que exponía sus puntos de vista más que como una opinión como un deseo, que caso de no satisfacerse podía acarrear peligrosas consecuencias. El primero que inauguraba la larga serie fue el de «Más de las Matas», recusando el nombramiento de Narváez.

Poco tiempo después, Fernández de Córdoba y Narváez se vieron envueltos en un confuso y fallido pronunciamiento en Sevilla, lo que aprovechó Espartero para deshacerse de ellos, que tuvieron que emigrar a Portugal. Espar-



Francisco Serrano y Dominguez, duque de la Torre (1810-1885). Regente de España de junio de 1869 a enero de 1871. Presidente del Poder ejecutivo de la República en 1874.

tero tenía expedito el camino; no así la reina María Cristina, que había perdido dos agarraderas de gran valor. Esta no cesaría en intentar atraerse a Espartero por medio de halagos y títulos nobiliarios, y en más de una ocasión llegó a ofrecérsele a éste la imagen de una reina viuda dirigiendo un país en guerra, que necesitaba la protección de un carácter viril, castrense. Y algunos autores han llegado a sugerir que la admiración que el militar sentía por la reina encubría un inconfesado amor —que gracias a su belleza y talante decidido despertó en muchos hombres de su tiempo—. Cuestión esta que también les sirvió para explicar la hostilidad que poco después y hasta el fin de sus existencias mantuvieron ambos, desde que el guerrero descubrió las preferencias de la señora por un apuesto guardia de Corps apellidado Muñoz (9).

(9) *Conde de Romanones, op. cit., pág. 113.*

Mientras, la guerra tocaba a su fin. El bando carlista, que había estado a punto de tomar Madrid con el pretendiente a la cabeza, experimentaba el cansancio de una larga guerra y el desánimo frente a un ejército bien pertrechado y apoyado con hombres y armas por las potencias europeas. Las divisiones entre clericales y fueristas propiciaron el Convenio de Vergara en 1839, con él el abrazo de Maroto y Espartero que ponía fin a la contienda. La paz significaba para el último de los dos, además del ducado de la Victoria, su aclamación por el pueblo como «el Pacificador» o, en la ruda versificación de sus admiradores, «el Héroe de Cien Batallas».

Al año siguiente, 1840, las energías del país, liberadas del lastre de la guerra, se volcaron en la política. Era preciso acabar con el vaivén gubernamental, resolver la ambigua situación de un liberalismo convulsivo y apuntalar éste.



Sor Patrocinio, Isabel II, don Francisco de Asís y el P. Cirilo de Alameda y Brea, arzobispo de Toledo (Biblioteca Nacional, Madrid).

La opinión pública se escoraba cada vez más hacia el progresismo, mientras que la Corona lo hacía en dirección al moderantismo. La balanza debía inclinarse a favor de alguno de estos dos lados, eliminada la amenaza absolutista, y lo hizo hacia el progresismo. El descontento popular por las calamidades de la guerra, unido a toda otra serie de circunstancias como el rechazo popular de la ley moderada de Ayuntamientos, firmada por María Cristina, a pesar de las promesas hechas en sentido contrario a Espartero durante el viaje real a Cataluña, en el que el militar fue más aclamado que la reina, provocaron el descontento popular, que prendió en la insurrección de Barcelona durante el verano y en la decisiva de septiembre en Madrid (11). El 12 de octubre de 1840, en Valencia, María Cristina, tras un complejo tira y afloja, presentó inopinadamente su dimisión como regente y abandonó el país: se iniciaba el periodo conocido como la «Regencia de Espartero» (1840-43), que convertía a éste en la cabeza del Estado, en tanto Isabel II no accediera a la mayoría de edad.

— De ídolo a prófugo —

«El trono de Isabel necesitaba un protector macho, y España un Regente bien bragado y de muchísimos riñones».

(De los «Episodios Nacionales», Galdós)

La renuncia de María Cristina dejaba al país en manos del progresismo con una regencia provisional integrada por el gabinete de Espartero, recién formado. Se oteaba en el horizonte la anhelada perspectiva de consolidación del régimen liberal, en lo político, y de articulación económica capitalista, en lo social. Y era el héroe de Luchana, el hijo del carretero manchego, quien aparecía tirando del carro de las reformas. Espartero era, a ojos de las clases medias y asalariadas, el símbolo de los nuevos tiempos que anunciaban la recompensa a la constancia y a la frugalidad, al trabajo y a los méritos personales en una sociedad en la que los títulos nobiliarios no debían ser ni una barrera ni un privilegio para la promoción individual. Como acertó a expresar Galdós, unos tiempos en los que «la libertad y las ideas revolucionarias hacían mangas y capirotos de las antiguas jerarquías, y se estaba formando una sociedad nueva, una flamante aristocracia, cuyo blasón era una onza de oro sobre dos mundos de plata y el lema **in utroque invicta**».

No habría de durar mucho esta idealización. Espartero —y no se olvide que Espartero y su conducta ejemplifican las contradicciones del liberalismo español— al poco será presa de la



Juan Prim y Prats, marqués de Los Castillejos, conde de Reus y vizconde del Bruch. Nombrado duque de Prim a título póstumo (1814-1870). Fue el artífice de la Revolución de 1868 y el estadista más ilustre del siglo XIX español. (Cuadro de E. Valdeperas. Museo Balaguer. Villanueva y Geltrú, Barcelona).

patología del «self-made-man»: la vanidad le durmió en los laureles, los halagos y loas de sus adláteres, la camarilla de «ayacuchos», le cegaron, incapacitándole para observar el deterioro de la situación, la frustración de esperanzas que el nepotismo tendido en torno a él estaba provocando. Su conflicto ético manifestado en la falsa modestia de hacer como que le molestaba el culto a su persona y, en realidad, no pudiendo vivir sin él es el reflejo de una ambigüedad que no contentará a nadie: ni a los moderados ni a los progresistas, ni al Ejército ni a la Milicia, ni a las clases dominantes ni a las subalternas; logrando con su impericia gubernamental lo que parecía un imposible: unir a todos ellos en una coalición para derrocarlo por medio de un pronunciamiento en la primavera de 1843.

Su ambición, alimentada por doña Jacinta y la camarilla **ayacucha**, le perdió: al discutirse en Cortes si la regencia debía de ser una (propuesta de los **ayacuchos**) o trina (propuesta de los progresistas radicales y del criptorrepública), el secretario de Espartero anunció que de no ser única, éste se retiraba a Logroño. Obviamente no quedaba al progresismo otra opción que transigir si no quería quedarse huérfano de protector. El 10 de mayo de 1841, el duque de la Victoria era nombrado Regente. Contaba con 48 años de edad, la ma-



Grabado que representa al general Espartero como rey de España con el nombre de Baldomero I. (Llanta. Donon. «Baldomero I». Museo Municipal de Madrid).

yoría consumidos en los campos de batalla. Aún no sabía que los éxitos en el campo de la política precisan de un talante más transigente que el exigido para mandar la tropa. La primera piedra de la división entre quienes le habían aupado en el poder estaba echado (10).

(10) Extracto alguna de las declaraciones de Espartero sobre el poder, sobre la fama y sobre algún otro aspecto ilustrativo del conflicto dentro de su persona entre el hombre público y el privado, sobre sus orígenes y su presente: «El mando puede ser halagüeño para otros, más para mí (hablo con el corazón) no es otra cosa que un tormento continuado que ha destruido mi salud». En «Espartero. Páginas contemporáneas». Madrid,

Su ambigüedad con unos y otros tuvo ocasión de manifestarse en numerosas ocasiones, aplicando severas medidas represivas a todos.

Destacados militares fueron pasados por las armas, como Diego de León y Montes de Oca, junto a varias decenas de oficiales de menos rango. León, héroe de la guerra famoso por sus cargas con la lanza, había pretendido con un golpe de mano secuestrar a la reina-niña y restituir la Regencia a María Cristina, que ahora desde París acusaba a Espartero de usurpador. El intento fracasó y fue condenado a muerte, lo mismo que los pronunciados en Pamplona y Vitoria. Contra todo pronóstico y a pesar del aluvión de peticiones de clemencia procedentes de todos los sectores, incluida la Milicia, que era el baluarte de Espartero, la sentencia fue ejecutada, causando honda conmoción, sobre todo en los ambientes castrenses.

La contrapartida consistió en el aplastamiento de la rebelión de Barcelona por medio de un brutal e indiscriminado bombardeo en diciembre de 1842. La sublevación catalana, donde el elemento obrerista y republicano liderado por Carsey había llevado el peso de la lucha, tuvo la virtud de aunar burgueses y proletarios contra Espartero, sin que éste se considerara sinceramente enemigo de unos y otros, sino todo lo contrario: el elemento obrero, porque después de un breve período, delega de sus asociaciones («La Sociedad Mutua de Obreros de Fábricas de Algodón de Cataluña» y la «Sociedad de Tejedores») eran otra vez prohibidas; el elemento burgués, porque la liberalización de los aranceles les dejaba desahuciados frente a la competencia de los textiles ingleses.

La Iglesia lo consideró poco menos que hereje por permitir la reanudación de las desamortizaciones; y el campesinado no mejoró su precaria situación, pues las condiciones de venta de las tierras no le permitían competir con burgueses y terratenientes en las subastas.

Así las cosas, poco extrañará que ante el pronunciamiento de la coalición moderada-progresista, apoyada por su sector del republicanismo, Espartero se limite a deambular dos meses con su ejército, rehuyendo el encuentro con Narváez, y, luego, embarcarse en Cádiz con destino a su exilio londinense.

— El reposo del ídolo caído —

«—Yo lo he dicho: para poder apedrear a un

1846, pág. 30. «Gocen aquellos grandes hombres de una gloria tan costosa a la humanidad, que Baldomero Espartero, nacido de condición privada, elevado en el servicio de la libertad de su patria y de su reina, a la condición privada tomará satisfecho de haber cumplido con todos sus deberes». *Ibid.*, pág. 82.

ídolo hay que ponerlo arriba... Arriba y muy alto, para que no se pierda ni una china, ¡ajo!»

(De los «Episodios Nacionales», Galdós)

La era Espartero dejaba paso a otra más amplia y homogénea, pero no carente de las convulsiones que darán al traste con ella. Era la de Narváez, la «década moderada». En torno al **espaldón de Loja** y a la Constitución de 1845 se efectúa un cercenamiento del régimen liberal, del que apenas subsistirán las formas, pues su contenido estará significado por la omnipotencia de un autoritario ejecutivo que manipula la composición de las Cámaras legislativas e instrumentaliza a placer los devaneos de una reina, Isabel II, de apenas catorce años de edad.

Mientras, Espartero vivía un dorado exilio en Londres, donde había sido recibido nada más llegar por la reina Victoria, el duque de Wellington, lord Palmerston... como si de un héroe nacional se tratara. El gobierno inglés llegó a ofrecerle una pensión de 40.000 libras, que el exilado no aceptó. No erraban los ingleses al mimar la anglofilia de Espartero, nacida con la guerra de Independencia, pues éste les resultaba un reconfortante contrapeso de la francofilia moderada, admiradora del **doctrinarismo francés**, de Luis Felipe y Napoleón (11), en una época en que el inicio de la industrialización española y la construcción de la imprescindible red de ferrocarriles convertía a la Península en un codiciado mercado para las potencias europeas.

Consolidado el régimen moderado, Narváez consideró que era el momento idóneo para una tímida apertura al progresismo que atrayera a éste dentro del régimen y le alejara de la fiebre conspirativa. Al iniciarse su **gobierno largo**, de 1847-1851, sorprendió a las Cortes con uno de los discursos más liberales pronunciados en ellas. Entre otras cosas, en él otorgaba una amnistía y concedía a Espartero el derecho a retornar a su patria, reconociéndosele todos sus títulos; paralelamente, la reina le nombraba senador. El cerrojazo provocado por las **tormentas del 48** en Europa, que también tuvieron eco en España con frustrados motines republicanos, retrasaron el regreso del amnistiado hasta 1849.

Espartero volvía en medio de evidentes manifestaciones de cariño, a pesar del secreto con que se rodeó al viaje de su comitiva. Como bien supo captar Marx (12), el pueblo había

(11) *Vid.*: «Espartero. Contestación a los seis artículos que con este título ha publicado el papel francés «La Presse», y han sido traducidos por algunos periódicos de esta Corte». Madrid, 1841, pág. 30.

(12) «Una de las peculiaridades de las revoluciones consiste en que en el momento mismo en que el pueblo parece estar a punto de dar un gran paso e inaugurar una nueva era, su-



Amadeo I (1845-1890), rey de España de 1870 a 1873. Único soberano español de la Casa de Saboya. (Era hijo del primer rey de Italia, Víctor Manuel II).

olvidado el pasado al comprobar que lo que sustituía a Espartero después de su caída era aún más nefasto. Al salir de Inglaterra había sido despedido por la reina e invitado a pasar la última noche en Palacio, como a los grandes dignatarios, y al llegar a España era recibido por Isabel II, que le agradeció los servicios prestados a la Corona. Inmediatamente Espartero se trasladó a su refugio logroñés, donde consumió algunos años sumido en el silencio de un apacible hortelano.

Y mientras su figura en la lejanía se aureloba de misticismo y honestidad, la indisimulable envergadura de los trapicheos en las concesiones ferroviarias que habían beneficiado a María Cristina, los Muñoz y Salamanca salpicaban hasta el trono de Isabel, acelerando la degradación del moderantismo. En el transcurso de la crisis se ubicaba la política cada vez más miope y ultramontana de la Corona, cuya detentadora era un juguete en manos de una inefable monja, la madre sor Patrocinio, y un cura, el padre Fulgencio, enemigos de toda modernidad, hasta el extremo de que los pro-

cumbe a ilusiones del pasado y pone todo el poder e influencia tan costosamente conquistados en manos de hombres que representaron o se supone representan el movimiento popular de una época ya terminada. Espartero es uno de esos hombres tradicionales que el pueblo acostumbra a cargarse en las espaldas en los momentos de crisis sociales y que, como el perverso viejo que hundía obstinadamente sus piernas en torno al cuello de Simbad el Marino, son luego muy difíciles de descabalar». Marx: «Revolución en España», Barcelona, 1969, pág. 35.

pios moderados habían sido desplazados por la camarilla cortesana para la cual, durante esos años, los problemas del país parecían que se habían reducido a las intrigas de los posibles consortes de la reina y los **flirts** amorosos de ésta con los **favoritos** de turno. Quien en realidad controlaba la Corona era la embaucadora monja de las llagas, explotando la mala conciencia del conflicto de Isabel entre su personalidad vitalista y sensual y la rigidez moral exigida a una reina. Sor Patrocinio, un auténtico Rasputín femenino, imponía a cambio de la absolución la firma por la reina de las medidas que interesaba al sector más retrógrado del moderantismo. Cuando la reina, casada sin ilusión con su equívoco primo Francisco de Asís, manifestaba alguna reticencia, un par de teatrales apariciones **milagrosas** de la monja y la exhibición de unas supuestas llagas en las manos bastaban para convencerla; si la atormentada reina aún resistía, cosa poco común, una insinuación de sus incontenibles amoríos al Papa era el chantaje oportuno para la firma del decreto que interesaba a la monja. No nos cabe la menor duda que una elucidación más profunda del papel jugado por este novelesco personaje pone a prueba los análisis más rigurosos del Estado moderno.

Desde que el tecnócrata Bravo Murillo había subido al poder con el proyecto de retocar aún más el baqueteado régimen liberal en nombre de una sacrosanta eficacia administrativa, la situación se había hecho insostenible. El último de los cambios de gabinete introducidos para parchear la crisis fue tan impopular como grotesco: el de Sartorius, conde de San Luis, **favorito** ocasional de la reina, gracias a lo cual de la noche a la mañana había pasado de ser un avisado periodista a ser jefe de gobierno, con título nobiliario.

La conspiración de los moderados, desplazados del poder, con la colaboración de los progresistas se materializó en el pronunciamiento de los generales O'Donnell y Dulce en junio de 1856 («La Vicalvarada»), proyectado exclusivamente en términos militares de tal forma que el elemento civil no tuviera participación. Sin embargo, esto y la consiguiente radicalización fue inevitable ante lo incierto del desenlace de este largo pronunciamiento que había sido acogido con frialdad por una sociedad escéptica con los cambios reales que podría acarrear otro **cuartelazo**. El joven Cánovas aconsejó a los militares sublevados un cambio táctico, y éstos suscribieron el «Manifiesto del Manzanares», en el que se prometían reformas progresistas. El Manifiesto actuó de detonador, y las calles de Madrid, primero, y

las de otras capitales de provincia, después, conocieron la lucha callejera que inclinaba la balanza a favor de los pronunciados. En la primera línea de las barricadas se encontraban los hombres del pujante Partido Demócrata, cuyo protagonismo en lo sucesivo rompería el bipartidismo existente.

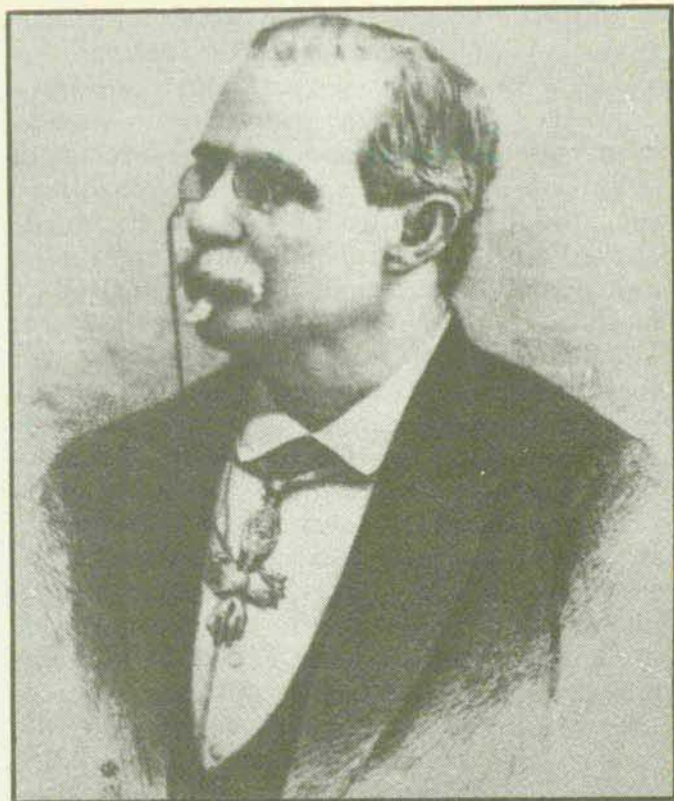
La Corona, al comprobar el giro radical de los acontecimientos, con las calles en manos de los civiles coreando consignas republicanas y poniendo sitio al palacio de María Cristina y, en ocasiones, al propio de Isabel, cambió astutamente su actitud llamando a gobernar al único hombre que podía encauzar el desbordamiento radical de las masas: Espartero, quien, sin mover un dedo, desde Logroño se había erigido de nuevo en el ídolo de las muchedumbres, ansiosas de justicia y reformas. Así lo entendió la Corona, a sabiendas de las debilidades de caudillo popular, de cómo colmar su vanidad y desvanecer su contundencia inicial, manifestando al entrar en Madrid, en olor de multitudes, que no se repetirían los errores de la Regencia de 1840 y el programa del Manzanares sería cumplido íntegramente. Lo prioritario era salvar al Trono de la marea democrática, y sólo Espartero podía lograrlo. Unos y otros olvidaban interesadamente el pasado.

— De prófugo a ídolo —

«—¡Pueblo imbécil, no culpes a Espartero que no pudo hacer más por agradarte! ¡Culpa fue tuya! ¡Culpa de pararte y no andar el camino entero!»

(De «Viva mi dueño», Valle Inclán)

Don Baldomero Espartero, a sus 61 años de edad, la de la retirada para la mayoría, volvía a resurgir, cual Ave Fénix, de sus cenizas, erigiéndose en ídolo de las multitudes y dueño de la situación, convirtiéndose en la cabeza visible del decisivo período de 1854-56, conocido como el **bienio progresista o constitucional**, que, aunque efímero, fue uno de los más trascendentales de la historia decimonónica. A lo largo de él asistimos al protagonismo del movimiento obrero (Espartero y el asociacionismo obrero de la primera mitad del siglo están íntimamente vinculados) y al republicanismo de masas. Pero también a la inconsecuencia de una burguesía que habiendo partido de ella la iniciativa revolucionaria se alarma ante el auge de las luchas obreras y los motines campesinos y se vuelve atrás, acudiendo presurosas a refugiarse en el regazo de la monarquía isabelina y de los grandes propietarios, rentistas o terratenientes, soldándose así el bloque financiero-terrateniente, el mayor lastre de la historia social posterior.



Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897). Ministro de la Gobernación en 1864 y de Ultramar en 1865. Inspirador de la Restauración borbónica en la persona de Alfonso XII desde 1869 a 1874, conseguida ésta fue Presidente del Consejo de Ministros numerosas veces y jefe indiscutido del Partido Conservador hasta su asesinato, en el balneario de Santa Agueda (Guipúzcoa), el 8 de agosto de 1897.

Nadie mejor que Espartero simbolizará este movimiento pendular.

Al bienio se le deben, además, las leyes de bancos y sociedades de crédito, la de ferrocarriles y la desamortización civil promulgadas por unas Cortes que si en lo político consumieron sus energías en brillantes piezas oratorias, dentro de una libertad parlamentaria hasta entonces desconocida, en los temas económico-sociales demostraron un interés y creatividad inédita hasta entonces.

Por lo que a Espartero hace referencia, ya no era el militar inmaduro, de arrebatos viscerales, que las circunstancias pusieron años atrás a la cabeza de un Estado. Los años, el exilio, le habían ayudado a digerir las aptitudes del hombre público; su trato con las élites y los buenos oficios de doña Jacinta le habían limado los rasgos más abruptos de su espontaneidad. Esta vez se mostraba más cauto a la hora de adoptar decisiones (o más bien, de ratificar las acordadas por sus ministros), más dispuesto a pulsar el latido de lo que se movía allende los pasillos oficiales. Pero a pesar de todo, su actuación a lo largo del bienio será, a grandes rasgos, como una parodia de la Regencia, y quizá por eso rodeada de unas circunstancias menos dramáticas; no radicando su fracaso en un desafortunado intervencionismo, sino en un desganado retraimiento en

nombre de su celeberrima máxima: «Cúmplase la voluntad nacional». En realidad, Espartero, refugiándose en esta máxima soñada con hacer las veces de un monarca constitucional que reina pero no gobierna, que está por encima de los intereses de partido. Sólo que su ingenuidad le hacía olvidar que por encima de él existía una reina formalmente constitucional, pero con un marcado cariz intervencionista, circunstancia que será aprovechada por uno de los militares decimonónicos de mayor talento político, O'Donnell, que desde el gobierno, desplegará una eficaz labor de zapa para reconducir la situación desde el radicalismo inicial a otra más satisfactoria para la Corona y las clases dominantes. O'Donnell y su incipiente «Unión Liberal» echaban las bases de lo que luego habría de ser su protagonismo como tercera fuerza política entre los moderados y progresistas. El bienio, al incorporar al abanico político a unionistas y demócratas, rompía con el exclusivismo de moderados y progresistas. Espartero cerrará los ojos ante las maniobras de O'Donnell, que, habiendo pasado a un segundo plano Narváez, se erigía en la bestia negra que frustraba la culminación del proceso democratizador abierto con la lucha popular de los madrileños

en 1854. Desde las páginas de la prensa democrata («La Soberanía Nacional», «La Creencia», «La Asociación»...) puede seguirse la creciente crispación de los análisis que anunciaban el desenlace moderado de los acontecimientos. Uno de sus hitos será, de nuevo, la prohibición de las asociaciones obreras, de fuerte implantación en Cataluña. Estas, como medida de presión para ser reconocidas, convocaron una huelga el 2 de julio de 1855, que durante diez días fue seguida por la mayoría de los obreros catalanes, convirtiéndose en la primera huelga general del movimiento obrero en el Estado español.

Los obreros, que hacían frente a las tropas, coreaban desde las barricadas vivas a la Asociación, mezclados con vivas a Espartero, convencidos de que el caudillo quería lo mejor para ellos, pero se lo impedían los políticos y la Corona, agentes maléficos que le desorientaban. Pero no tardarían en desprenderse de esta creencia generalizada, y de minarle su popularidad se encargaron la carestía provocada por la inflación y las desamortizaciones de los bienes municipales, que ayudaban a paliar la escasez de recursos del campesinado. La confluencia de estos dos factores azuzó el estallido de virulentos motines campesinos en Castilla, que instrumentalizados por los moderados y el nunca extirpado integrismo colocaron en situación crítica al gobierno Espartero.

La situación era, además, insostenible con la artificiosa coalición gubernamental de O'Donnell y progresistas, paralizada con sus enfrentamientos internos para abordar el deterioro del clima reivindicativo. Las negociaciones de las dos tendencias para buscar una salida al punto muerto fueron aprovechadas por el líder unionista para doblegar a los progresistas, desconcertados con el mutismo y apatía de su jefe Espartero. Este, como era característico en él cuando se presentaban dilemas, de improviso hizo mutis por el foro y presentó su dimisión a la reina, que la aceptó con indisimulado gozo. Mucho se especuló con esta decisión de Espartero, pues si él hubiera querido O'Donnell no hubiera aguantado en el Ministerio con la sola amenaza de convocar a las masas en la calle, para lo que tenía capacidad. Algunos lo interpretaron como una sutil maniobra para provocar el enfrentamiento Corona-Pueblo y, una vez decidida la contienda a favor de éste, erigirse él como el nuevo jefe de Estado (13). En realidad, Espartero respetaba al máximo a la institución monár-



Alfonso XII (1857-1885), rey de España de 1875 a 1885. Era hijo de Isabel II y don Francisco de Asís.

(13) Vid.: Fernando Garrido: «La España Contemporánea. Sus progresos morales y materiales en el siglo XIX». Barcelona, 1865, pág. 457.

quica y a su detentadora, y así como en otras ocasiones la había defendido con las armas, ahora juzgó lo más adecuado para defenderla, abandonar, evitando con ello un enfrentamiento con O'Donnell que hubiese puesto al país al borde de la guerra civil, posibilidad esta que se puso de manifiesto cuando el pueblo, sin que Espartero se lo pidiera, se lanzó a la calle a enfrentarse con las tropas de O'Donnell al enterarse de lo sucedido. Y mientras la Milicia nacional, los demócratas y contingentes de progresistas hacían frente tras las barricadas a los fusiles, esperando una declaración o un gesto de Espartero, éste deambulaba desorientado de un sitio para otro sin clarificar nada, seguramente rumiando la posibilidad de trasladarse cuanto antes a Logroño con doña Jacinta. Por segunda vez había lamido las mieles de la gloria y pronto se había saciado.

El 15 de julio de 1856 el Ejército disolvía a cañonazo limpio las Cortes del bienio progresista, que fruto de su labor habían ultimado una de las Constituciones más prometedoras del siglo XIX, la «nonnata». Ese día «Espartero abandonó a las Cortes, las Cortes a los jefes, los jefes a la clase media y ésta al pueblo» (14). Narváez ya se disponía a tomar el relevo, como si nuestra historia decimonónica fuera un cíclico devenir. Y es que durante el bienio, al igual que en el pasado, «los partidos ni aún entonces fueron ratificados ni se les permitió que se constituyeran en sólidas corporaciones nacionales» (15). En tanto esto no sucediera, la presencia de los espadones era inevitable.

EPILOGO

Nunca más oportuno el «...y fueron felices y comieron perdices» de los cuentos de nuestra infancia. De 1856 a 1879, fecha del fallecimiento de Espartero, transcurre un dilatado período durante el que don Baldomero y doña Jacinta vivieron plácidamente en su bucólico refugio a orillas del Iregua, cultivando la huerta, donde al decir de alguno de sus biógrafos introdujo revolucionarios métodos de cultivo. Lejos del tráfigo conspirativo de Madrid, manteniendo un altivo silencio, don Baldomero acabó por granjearse el respeto y el cariño de todos.

Dos veces caído, las dos levantado; y la última con más fuerza que la primera. Las Cortes del 68 le propondrán nada menos que ocupar el

trono vacante desde el destronamiento de Isabel II. El anciano militar, a quien la propuesta le llenó, claro está, de gozo, rechazó este tributo que se le hacía, que no habría de ser el último. Amadeo de Saboya, antes de dirigirse a Madrid a ocupar el trono, pasará por Logroño a pedir consejo al venerable anciano y, de paso, le concederá el título de Príncipe de Vergara con tratamiento de Alteza Real. La Primera República le reconocerá todos sus títulos. Y Alfonso XII, al restaurarse la monarquía borbónica le rendirá pleitesía; a él, al hijo de un humilde carretero manchego.

Paradójica figura la de este personaje, en el que, a medida que vamos ahondando en su vida, a través de los rasgos antipáticos de un **espadón** van aflorando los más humanos de un ser patético, atormentado y abrumado por el conflicto de todo **self-mademan**: el antagonismo de normas, la acomodación a nuevos valores y roles, que el Duque de la Victoria sólo supo armonizar en su huerta logroñesa. Esta le conectaba con sus orígenes, y la admiración con la que era tratado le recordaba su pasado de «Héroe de Cien Batallas». ■ J. M. F. U.



Baldomero Fernández Espartero, conde de Luchana, duque de la Victoria y de Morella, príncipe de Vergara (1793-1879). Regente de España desde 1840 a 1843. Rechazó la Corona de España que le ofreció Prim, en caso de que las Cortes le concedieran sus votos, en 1869. Murió en Logroño a los ochenta y seis años.

(14) Marx, *op. cit.*, pág. 136.

(15) V. G. Kiernan: «La Revolución de 1854 en España». Edit. Aguilar, 1970, pág. 9.